

de la Pasión de Jesús desde el Domingo de Ramos, con la entrada triunfal de esa gran obra escultórica que es el paso de la «Burrica», hasta el de Resurrección.

Los roncocos gemidos de los tambores, tan naturales en esta tierra de encrucijadas, significan con sus redobles que no estamos ante un acto más. Es una conmemoración histórica: comenzó allá en un Viernes Santo de 1332. Con sus desgarradores gemidos de tambor, Hellín anuncia el desalante del Redentor. Los tambores son el símbolo por antonomasia de esta Semana Santa. Ponen la nota típica y su personalidad, que todo hellinero luce con orgullo.

Vamos a situarnos en la celebración, tras los primeros sonidos de redobles, del Miércoles Santo. Es una procesión de procesiones. El Cristo de Medinaceli baja de San Roque, en otros años también a «los Azotes», y todos los pasos salen de la Asunción, junto con el inevitable estruendo de los tambores, que suben y bajan la cuesta de la Plaza. Pasos, nazarenos, bandas y fieles hacen que las primeras horas de la noche de este Miércoles Santo sirvan para templar el espíritu, como antecedente de los venideros días.

La procesión del Jueves Santo hellinero es muy semejante a las sevillanas, con la extraordinaria talla de la Virgen del Dolor, que a tantos emociona y consigue que se postren a su paso. Ya lo cantó el tan querido «Peteneras» en muchos de sus versos: Jueves Santo de mi pueblo / que relumbras más que el sol / vuelve a iluminar tus noches / con redobles de tambor.

Estos redobles de la noche enlazan con el Viernes Santo y tras algún «moje», muchos cambian sus atuendos de tamborileros por el de nazarenos. Así, junto a su Paso cruzan el camino de las columnas para llegar al Monte Calvario, pleno del colorido de las túnicas, del bullicio de la gente. El cielo palidece ante tanta belleza. Es casi seguro que el Calvario de Hellín sea en este día lo más semejante a Jerusalén. Todo es emoción en este portar las imágenes. El regreso a sus respectivos puntos de salida se lleva a cabo con un lento y prolongado redoble de miles de tambores llorando por cualquier calle, por cualquier rincón de la ciudad.

Sólo existen unas pocas horas de silencio tras la llegada del cortejo a la Arciprestal. El tambor y el nazareno, en este día y su noche, guardan silencio absoluto. Hellín acude para acompañar al Cristo Yacente, y así con su recorrido por las calles helli-

neras y con el dolor reflejado en el rostro de las imágenes van las horas transcurriendo. El silencio de este cortejo solamente es roto por el leve tintineo de las farolas que acompañan en este Santo Entierro a la Virgen de la Soledad.

La Semana de Pasión ya va tocando a su fin. El Sábado Santo sirve de descanso. Después, un cambio de decoración. Tanto de imágenes como de lugar de celebración. Hemos llegado al Domingo de Resurrección en su mañana, no sin que antes hellineros y hellineras hayan templado sus parches para con ese repicoteo dar el beso de la ciudad a Cristo.

Mención especial de la Semana Santa es, pues, la mañana del Domingo de Resurrección con la procesión del Encuentro de Nuestro Señor con su Madre Dolorosa. Es un día de intensa alegría, unos momentos que se viven con fuerza en los paisanos y visitantes. Incluso las nostalgias se presentan en forma de recuerdo

para los seres queridos que se fueron, tras haber participado en tantas y tantas Semanas de Pasión. Es la explosión de los tambores que, luego, se retiran, se guardan hasta el año próximo.

La Semana Santa de Hellín lleva mucho tiempo siendo famosa en España, pero ahora lo será más, tras su designación como «Tamborada de interés turístico» con lo que se iguala oficialmente a Murcia, Valladolid, Lorca, Cartagena, etc.

El tambor es el auténtico espectáculo, colgado de ese tamborilero serio y altivo que tras recorrer calles tan propias como la de Cristo o el callejón del Beso comienza a pensar en lo mejor de Hellín: la Semana Santa. La fuerza y emoción con que se ha vivido. La ilusión de la que pronto vendrá. ■

Emilio MARTINEZ
Colaboración de F. Tomás
y E. Sánchez

VALDEPEÑAS, EN ESTOS DIAS DE SEMANA SANTA

Como buen pueblo manchego VALDEPEÑAS celebra solemnemente la Semana Santa. De Domingo de Ramos a Domingo de Resurrección las iglesias y las calles se llenan de gente que quiere estar allí donde se celebra un culto religioso o allí donde pasa una procesión. Es un júbilo la Plaza de España, la Glorietta del Convento y las calles de los distintos itinerarios con el trajín de ir y venir de los miles y miles de personas que se echan fuera de las casas para estar presentes de alguna manera en las celebraciones.

Antes del Domingo de Ramos, las Cofradías y Hermandades organizan el acto de presentación de la semana, entregando un folleto, muy amplio y bien editado, en el que se recogen diversas colaboraciones literarias y las comunicaciones en todas las Cofradías relativas, cada una de ellas, a su procesión, itinerario, orden y criterios a seguir. En este mismo acto —meticulosamente cuidado— se dice el Pregón de la Semana Santa.

También en la semana anterior, tiene lugar un Concurso Nacional de Saetas, de amplias resonancias por la calidad de los que participan y el elevado número de concursantes. VALDEPEÑAS es un pueblo degustador del cante flamenco y ello hace

que el Concurso tenga un éxito nada común. Después, en las procesiones cantan los triunfadores y también, naturalmente, los aficionados valdepeñeros que enlazan una y otra saeta mientras el silencio se adueña de las calles, escuchándose tan sólo el batir solemne y quedo de los tambores.

Aparte de los Vía-Crucis que organizan las distintas Parroquias, desfilan cada año nueve Cofradías desde el miércoles al Viernes Santo. También el Domingo de Ramos y el Domingo de Resurrección abren sus mañanas con dos procesiones muy sencillas y emotivas, pregonadoras de la alegría de ambas dominicas. En el Domingo de Ramos, la Procesión llamada popularmente del «Borriquillo», o con más precisión, la de «Las Palmas»; y el Domingo de Resurrección, muy temprano, nada más amanecer, la denominada también popularmente «Del Resucitado», vienen a abrir y cerrar el ciclo de la semana; en los dos desfiles los penitentes son niños jóvenes, en gran abundancia, que ponen una nota de bulliciosa algarabía, de fuerza detonante, de color fuerte y hermoso en su discurrir por las calles repletas de gente.

El resto de los desfiles procesionales se caracteriza por la afluencia de